

ANTONIO MACHADO: PALABRA EN EL TIEMPO

BEATRIZ MONREAL

SERIA imperdonable no dedicar a Antonio Machado un cariñoso recuerdo desde *OARSO*. A mí me hubiera gustado—como ya lo he hecho con otros viajeros—haber tenido datos de su paso por el País Vasco, cuando se dirigió a París con «su» Leonor. Machado era ya profesor de instituto en Soria. No sé a quién oí decir que sus clases en aquella ciudad habían sido inolvidables. No sólo porque no suspendía a nadie sino que, anti-autoritario por excelencia, permitía—incluso—que sus alumnos hicieran huevos fritos en clase y, cuando trataba de imponerse, las razones que aducían los muchachos le convencían: «tenemos hambre, don Antonio».

Yo no sé si aquellos alumnos aprenderían mucho o poco francés, pero lo que no dudo es que su bonhomía dejaría rastro imborrable en ellos.

Que yo recuerde he participado en dos homenajes a Machado bien diferentes. El primero tuvo lugar en un instituto catalán, en el «Torras y Bages» de L'Hospitalet de Llobregat, y tiene para mí la frescura de aquellos claveles rojos que, como un símbolo, repartimos alumnos y profesores. Coincidió con la revolución de Portugal. Fue un acto sencillo y entrañable. Uno de los profesores participantes había conocido a Machado en Soria y, como él, había sido uno de los perdedores de la Guerra Civil. Por ser piloto de aviación en el bando republicano estuvo separado de las aulas casi 40 años, después de serle conmutada una pena de muerte. Era un hombre muy enfermo, sobrio y muy digno. He olvidado su nombre. El acto estuvo a punto de acabar como el rosario de la aurora, gracias a los buenos oficios de un bedel, antiguo Guardia Civil, que llamó a la Policía y nos denunció. Corría el año 1974. Había muerto Carrero Blanco; pero todavía vivía Franco.

El segundo homenaje ha sido muy académico, con mucha propaganda y con menos claveles rojos. Estaba bendecido por todas las autoridades. La risueña Sevilla, ciudad que vio nacer a Antonio Machado («mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla / y un huerto claro donde madura el limonero...») organizó un Congreso Internacional con motivo del 50 aniversario de su muerte, en febrero de este año.

Quizás haya sido la proyección que ha tenido Machado en todo el mundo lo que más llamó mi atención. La poesía, que es «palabra en el tiempo», ha sabido romper fronteras, surcar océanos, acercar hombres y continentes, porque no hay distancias cuando las palabras «dicen».

Profesores y profesoras de Auckland, de Belgrado, de Maracay, de distintas universidades parisinas, de Nápoles, de Turín, de Nottingham, de Perpiñán, de Puerto Rico, de Mannheim, de Wuppertal, de Zürich, de Varsovia, de Dublín, de Beijing, de toda España, del País Vasco y, por supuesto, del Instituto «Koldo Mitxelena», de RENTERIA, aportamos nuestros trabajos como obedeciendo a los versos que Machado dedicó en la muerte de don Francisco Giner de los Ríos: «Hacedme / un duelo de labores y esperanzas». Y casi me sonrojo cuando, con tal motivo, leí las declaraciones de la profesora Chen Chu Lan, de la Universidad de Beijing, en las que decía que el poema machadiano, titulado «A un olmo seco», era uno de los textos más conocidos por los escolares chinos.

Ahora, cuando la enseñanza se está convirtiendo en un negocio que se promociona en anuncios, como esos de la T.V., que hicieron tan famoso a aquel emprendedor empresario de jabones, me pregunto si nuestros estudiantes de colegios, ikastolas, institutos o academias, con líneas X, Y o Z, serían capaces de recordar uno sólo de los poemas de este escritor.

Vaya desde *OARSO* este pequeño homenaje al Antonio Machado, profesor de instituto y hombre bueno. Y con él digo:

*Mi corazón espera
también, hacia la luz y hacia la vida,
otro milagro de la primavera».*



ANTONIO
MACHADO
B. Monreal